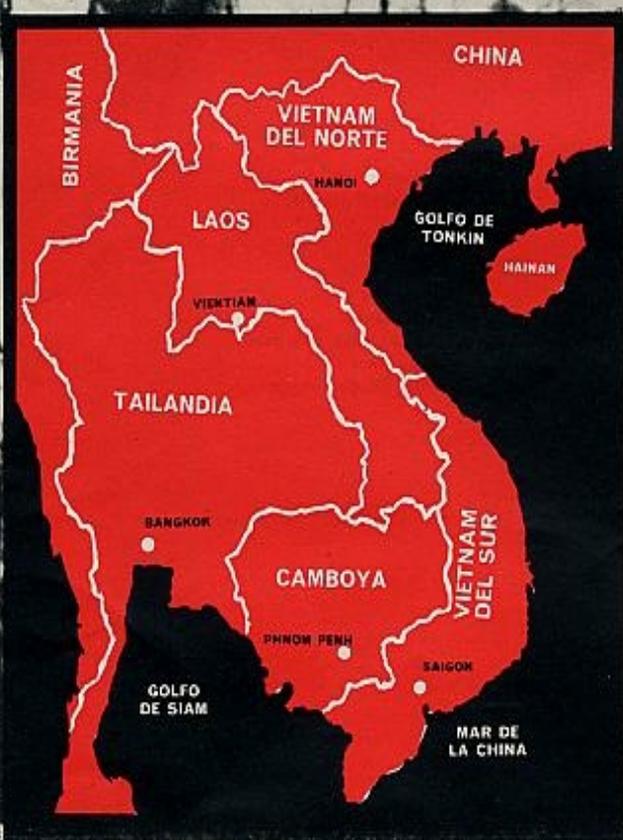




LA PROLIFERACION DE ENEMIGOS

MAÑANA LAOS

por
**EDUARDO
HARO
TEGLEN**



ES una constatación: cada día son más fuertes las guerrillas en Laos, más extenso su campo de acción, más coordinado su esfuerzo. Cada día es mayor la penetración americana en Laos, los bombardeos americanos sobre las zonas de Laos donde creen que se refugian los guerrilleros del Vietcong o por donde suponen que pasan suministros de Vietnam del Norte hacia Vietnam del Sur. Los movimientos militares de los últimos días han hecho suponer al estado mayor americano que un gran ataque en Laos debía estar ligado a la ofensiva vietnamita y al cambio de iniciativa en la guerra de Vietnam. Simultáneamente, las guerrillas crecen en Tailandia. Hasta ahora, se reducen a escaramuzas; pero, sobre un mapa del país, cada vez aumentan más los puntos rojos que señalan los escenarios de estas escaramuzas, y se extienden a provincias que parecían «seguras». ¿Son movimientos coordinados, son espontáneos? Parece crecer la impresión de que el «comunismo del Sudeste asiático» es un hecho original, distinto del de China, ajeno a los problemas de la «revolución cultural»; lejano también del soviético, aunque reciba nutrición de ambos. Si es así, ¿hay un «mando único» del comunismo del Sudeste asiático? ¿Se puede situar en Hanoi, se puede fijar en Ho Chi Minh? ¿Podría tener una extensión lejana en Corea del Norte, ajena también al «chinismo» pero, en este caso, coordinada con la península indochina? Si fuese así, el incidente del «Pueblo» y los continuos informes —llevados a Washington por Cyrus Vance después de una larga estancia en Seúl, enviado especial por Johnson— de un posible crecimiento de hostilidades entre las dos Coreas, ¿estaría en relación con la ofensiva del Vietcong, con el nuevo frente de Laos, con la extensión en «mancha de aceite» de las guerrillas de Tailandia, con el malestar de Camboya? Estas preguntas inquietan notablemente a algunos estrategas del Pentágono, que son cada vez más partidarios de responder «Sí» a todas ellas y enfrentarse con una guerra generalizada, que no es precisamente la guerra que esperaban. Esperaban una guerra de contención de China, para la que tenían considerables amenazas



El elefante
—como en tiempos de Aníbal—
es todavía un arma esencial
en esta guerra.



Guerrilleros laosianos
capturando a soldados americanos.
Estados Unidos niega
la autenticidad del documento.



MAÑANA LAOS



Guerrillero y campesino son, generalmente, una misma persona. El fusil y la azada son armas intercambiables según el momento, como vemos en estos guerrilleros-campesinos. Abajo, una reunión guerrillera de «estado mayor»: se prepara una acción.



y no es China la que se expande, sino «otro» comunismo, en cierta forma similar al que emana de La Habana (Che Guevara, Régis Débray), al que podría plantearse en Oriente Medio, sobre el río Jordán —tan peligroso que Hussein se está enfrentando ya abiertamente con las guerrillas, y hasta Nasser parece temerías, porque lo que aprendan en la escuela contra Israel podrán aplicarlo después en la lucha contra la estructura de los propios estados árabes—, como el que puede surgir en cualquier momento en los países de África negra. Kennan, teórico de la guerra fría, dijo una vez, en una conferencia en Ginebra —si no recuerdo mal—, que la división del comunismo entre «ruso» y «chino» no sólo no favorecía a los Estados Unidos, sino que le perjudicaba, puesto que, preparado para combatir a un enemigo, se encontraba ahora con dos. Aquello pareció una «boutade», un reflejo del fanatismo militante que se atribuía a Kennan y, sin embargo, va cobrando una realidad. Esa realidad, ahora, se multiplica. La fragmentación del comunismo, o de los «medios» del comunismo, desorienta a la nación que decidió convertir su poder en la representación viva del anticomunismo. El extremo de esta desorientación consiste en que todo su sistema de defensa se ha quedado sin enemigo visible.

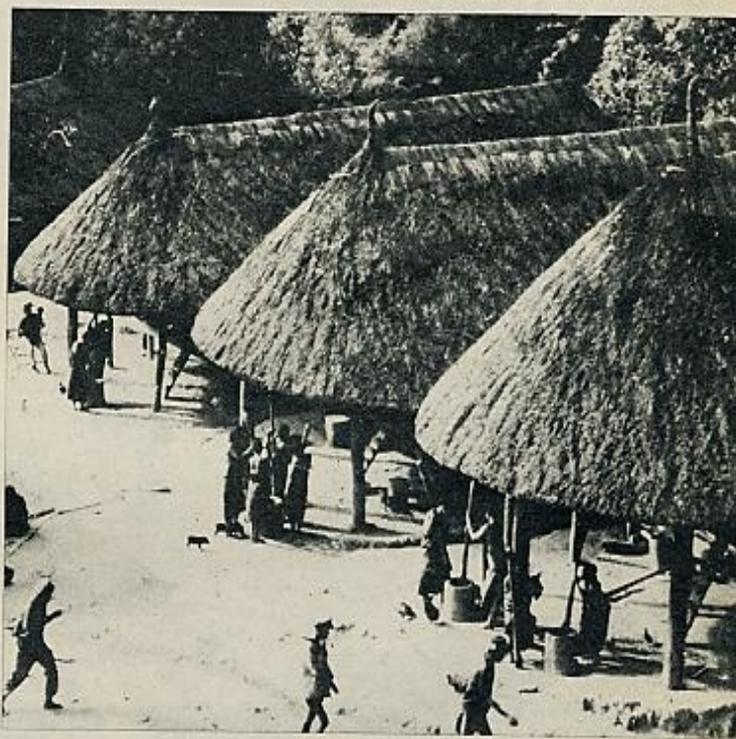
La idea maestra de la política y la estrategia de los Estados Unidos consistía en la creencia firme de que todo el comunismo del mundo, y todos los movimientos subversivos del mundo, estaban sabiamente creados, administrados, lanzados o retenidos desde Moscú. Bastaría, entonces, abrir la amenaza sobre Moscú, la amenaza del «bordo del abismo», para poder contener cuando fuese preciso esos movimientos, para llegar a un «statu quo», a un entendimiento global. Todos los movimientos militares americanos se construyeron en torno a esa idea: todas sus temibles y poderosas armas se inventaron, fabricaron y dispusieron con arreglo a la geoestrategia que consistía en considerar a la URSS como enemigo esencial. Posteriormente, apareció la «desviación» china, coincidente con un simultáneo «apaciguamiento» de la URSS tras la muerte de Stalin, o consecuencia de él. La desorientación estratégica de los Estados Unidos comenzó en ese momento. Ya no podría contener a la China con una amenaza sobre la URSS; necesitaba ejercer una amenaza directa sobre China y, al mismo tiempo, prepararse para una defensa con respecto a China, que se había adelantado cerca de un decenio —sobre lo previsto— en la carrera atómica. El largo debate sobre la creación o no creación de una red de defensa contra cohetes atómicos que podrían proceder de la URSS y de China, que ha terminado con la destitución de McNamara —o con su dimisión, que el extremo nunca ha quedado claro—, ilustra el principio de esa desorientación. Al mismo tiempo, ciertos acontecimientos del duelo «frío» con la URSS parecían dar una cierta satisfacción a los partidarios del «enemigo único»: la crisis de los cohetes soviéticos en el Caribe, la reciente contención y limitación de los combates de Oriente Medio. A notar que estas «contenciones» no se han realizado sin ciertas notorias ventajas para la URSS: la supresión de algunas bases americanas en el Mediterráneo —como las de Turquía— y la aparición de la flota atómica soviética en el Mediterráneo. Los Estados Unidos comenzaron a acostumbrarse —difícilmente— a la idea de los «dos enemigos». En esta apreciación simplista, ciertos movimientos de guerrillas, como los americanos y los africanos y árabes, podrían depender de Moscú, mientras otros, los asiáticos, tendrían su cabeza en China; estos dos poderes estarían, según tal suposición, en lucha abierta u oculta para «robar» sus influencias al otro.

Pero de pronto comienza a dibujarse la posibilidad de una pluralidad de enemigos. Desde La Habana se critica abiertamente a Pekín y a Moscú, e incluso a los partidos comunistas oficiales de los países hispanoamericanos: se anuncian nuevas «vías» de insurrección armada. En Asia, aparece ahora que el movimiento vietcong puede ser sólo una rama, la más visible en estos momentos, la que ocupa ahora la vanguardia y la cabeza del levantamiento comunista antiamericano. Mañana puede ser Corea. Puede ser Laos. El comunismo «sudesteasiático», por denominarlo así, tiene una personalidad propia. Recibe, sin duda, ayuda de la URSS y de China y de otros países comunistas; pero no está directamente ligado a ellos. No bastarían, comienza a verse, represalias o amenazas contra la URSS o contra China para contenerlo. Ya se ha visto que no han bastado.

La innegable coincidencia de actividades comunistas en toda la península indochina y en Corea tiene evidentemente otras explicaciones. No faltan. Hay quien cree que la extensión es solamente un reflejo del éxito del Vietcong, primero en su resistencia y luego en su ofensiva; los no privilegiados de la zona sienten la emulación de esas victorias y actúan espontáneamente. Otra escuela piensa que esta situación ha sido provocada directamente por los americanos, que han seguido en ella la misma línea mental que les ha llevado a bombardear el Vietnam del Norte como lo están haciendo: esto es, la persecución de un enemigo fantasmal, imposible de localizar donde precisamente está, al que hay que buscar donde no está, donde no tiene su centro ni su origen, aunque pueda tener ayuda. Es decir, que al ser la máquina de guerra americana demasiado importante, ha debido ser empleada contra enemigos más importantes, aun teniéndolos que inventar, con la consiguiente retorsión de la guerra. También hay quien imagina que es consecuencia indirecta de los Estados Unidos: que su penetración en estos países ha provocado reacciones contra ellos, reacciones de tipo nacionalista. Nada se opone, en realidad, a que todas estas teorías sean válidas al mismo tiempo, que la situación se haya formado por la interacción de todas ellas y que incluso movimientos aparentemente lejanos, como los de Hispanoamérica o las guerrillas de Oriente Medio, sean un reflejo espontáneo, transportado por la abundancia de información más que por consignas o decisiones «en algún lugar», de la situación vietnamita y de los esfuerzos gulliverinos de los Estados Unidos por librarse de los hilillos y los alfilerazos de los pequeños vietnamitas. Al margen de las consideraciones históricas, del estudio de las causas y los orígenes, lo que en primer lugar se debe tener ahora en cuenta es esto: que la situación en sí existe y que las concomitancias de los movimientos del Su-

deste asiático y de Corea son hechos reales que pueden configurar en cualquier momento la guerra de una manera distinta. El rebrote del conflicto está en puertas. Quizá, mañana, en Laos.

A la luz de las últimas noticias —que pueden cambiar en cualquier momento, porque la característica de cualquier guerra y más aún de la guerra revolucionaria es la movilidad, la distancia entre apariencia y golpe, la sorpresa, la irrupción— puede ser Laos el primer país en que el frente se abra. Laos vive continuamente a la sombra de Vietnam; su problema interno precede, en el tiempo, al de Vietnam. El príncipe Suvana Fuma, jefe del gobierno laosiano, aseguraba hace unos días en unas declaraciones a «Le Monde» (23 de febrero) que los vietnamitas del Norte tienen dentro de Laos cuarenta mil hombres, «contando las unidades regulares y los dirigentes», y reclamaba para sí mismo la responsabilidad de haber pedido a los americanos la intervención, en 1964, intervención que hoy se refleja en bombardeos directos sobre territorio laosiano, aunque, según el príncipe, «esos bombardeos hacen más daño a los vietnamitas del Norte que a Laos». Sin embargo, ahora teme la intervención más directa de los Estados Unidos, y hace lo que puede para evitarla: «necesitarían de doscientos mil a trescientos mil hombres y eso significaría la devastación de Laos»; pero tampoco desea que se retiren de Vietnam porque un Vietnam comunista le da horror. Por eso su idea principal, ahora, es la de favorecer una «neutralización» de todo el Sudeste asiático, siguiendo los



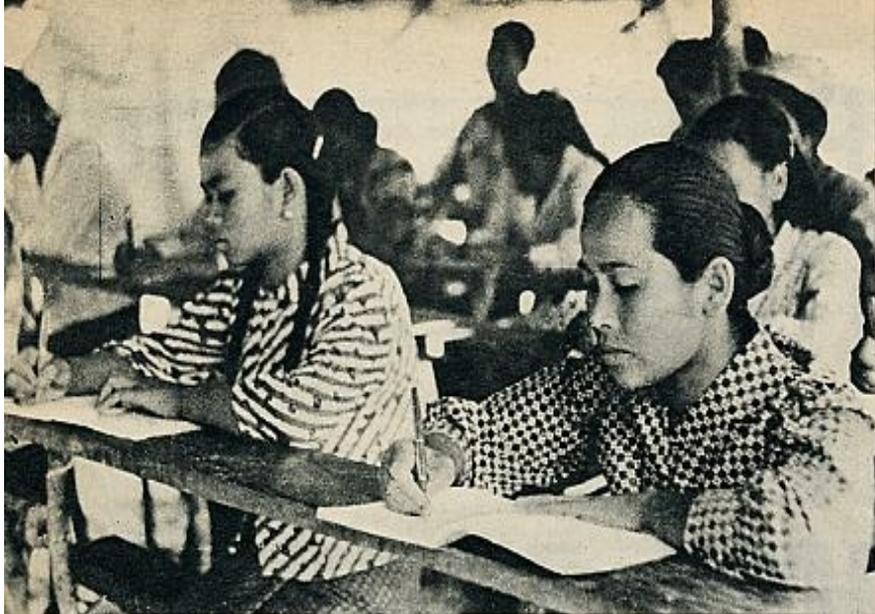
Al Sur de Laos está el pueblo de Seking, próximo a la «carretera Ho Chi Minh». Suvana Vong (Pathet Lao) mantiene en su poder este importante enclave.

pensamientos de De Gaulle: una neutralización que comprendiese Vietnam, Laos, Birmania, Camboya, Tailandia... ¿Es demasiado tarde para esa idea? Recordemos que Laos quiso ser un estado neutral y neutralista mediante una repartición y dosificación de sus fuerzas políticas. No pudo. No encuentra hoy la fórmula de convivencia, y el pensamiento de Suvana Fuma es confuso, contradictorio, difícil.

Laos es, en sí, un país problemático. Laos es difícilmente un país. Es una obra política francesa. En el siglo XIII era un fragmento del reino de Camboya; en el XV fue independiente, más tarde se dividió en dos, luego se fragmentó, finalmente fue tierra predilecta para las expediciones guerreras de sus vecinos. Francia «creó» un Laos unido a partir de su «protección» de 1893, que iba a durar hasta la independencia de 1953, con el intermedio de la ocupación japonesa. El esfuerzo francés de unificación administrativa estuvo, sin duda, mediado por la necesidad política de no permitir una unificación seria de las distintas fuerzas del país. Laos estaba formado por pequeños principados, rivales entre sí, que dibujaban un mosaico político que se ha comparado al de Italia de la Edad Media en cuanto a estructura, aunque con mayor atraso. Laos ha salido de la colonización francesa sin un solo ferrocarril ni un solo puente sobre el Mekong, con unas cuantas carreteras que en la temporada de las lluvias resultan inutilizables. El valle del Mekong, las llanuras en el centro y en el Sur, son las únicas tierras explotadas: el resto son colinas de jungla y bosques, con algunos claros donde se cultiva el arroz. En las montañas viven las tribus; son nómadas, tienen escasa noción de las fronteras nacionales, ni siquiera del sentimiento de nacionalidad. Unas docenas de tribus, que se unen en cinco o seis grupos principales. El conglomerado humano de Laos reúne una población total que unos evalúan en algo menos de dos millones de habitantes, otros en dos millones y medio: no hay censo.

Laos, descolonizado de Francia por los acuerdos de 1954, conoció sus primeros movimientos independentistas —y, por lo tanto, unificadores— como una reacción a la ocupación extranjera. El «Lao Issarak» fue un movimiento anti-

MAÑANA LAOS



Como en Vietnam,
los guerrilleros de Laos también preparan
los servicios necesarios
para cubrir la retaguardia:
esta es una escuela de enfermeras.

francés, formado en 1940; alguno de sus miembros, como el propio Suvana Fuma, prefirieron la alianza a los japoneses —como «otros» asiáticos— con tal de verse libres de los franceses —movimiento similar al que llevó a algunos países árabes a buscar amistad con Alemania para librarse de Francia y de Gran Bretaña—; cuando los franceses regresaron y los japoneses se fueron, Suvana Fuma y otros príncipes huyeron, pero uno se quedó: Sufanu Vong, que reempezó el movimiento de liberación clandestino, el «Lao Issarak», con el nombre de Pathet Lao; el Pathet Lao es la fuerza ideológica comunista, la fuerza militar que hoy combate al gobierno y a los americanos. Su instrumento político es el Neo-Lao-Haksat. Los acuerdos de Ginebra (1954) estipulaban la existencia del Pathet Lao y su predominio en las provincias del Norte y del Este; más tarde, en 1957, se decidió que participase en un gobierno de coalición para unificar el país. Laos quedó formado por tres partes: las fuerzas de derecha, conducidas por el general Fumi; las de izquierda, del Pathet Lao, y el centro neutralista, de Suvana Fuma. Ni un solo instante han cesado las hostilidades entre esos tres grupos: los acuerdos de Zurich (1961) y de Ginebra (1962) no se cumplieron nunca. En 1964, un golpe de estado militar inclinó el gobierno neutralista hacia la derecha; el Pathet Lao de Suvana Vong se separó del gobierno y desde entonces crece la guerrilla y aparecen los repetidos bombardeos americanos. El gobierno central recibe la ayuda de los Estados Unidos, y de ella vive; tolera y aprueba —como se ha visto en las declaraciones del jefe del gobierno— las incursiones aéreas de los americanos y la llamada «carretera Ho Chi Minh», por donde se supone que los guerrilleros survietnamitas reciben ayuda de Vietnam del Norte. En 1966 se calculaba que el ejército regular del Pathet Lao agrupaba unos veinte mil hombres; Suvana Fuma le atribuye ahora la suma de los

cuarenta mil soldados de Vietnam del Norte. El ejército regular centralista —y ya definitivamente no neutralista— tiene unos sesenta y cinco mil hombres: está enteramente equipado, instruido y dirigido por los «consejeros técnicos» de los Estados Unidos. Su peor enfermedad es la desertión y la falta de espíritu combativo contra las guerrillas. Es una formación similar a la del ejército de Vietnam del Sur (Saigón).

Las más recientes noticias decían que la ciudad de Saravan —en el Sur del país— estaba en manos del Pathet Lao; poco antes se había hablado de la toma de Nam Bac y de la destrucción de numerosos puentes construidos por los ingenieros militares norteamericanos. Los americanos de Laos creen que estos movimientos guerrilleros no obedecen a una «estrategia nacional», es decir, a una lucha por la conquista definitiva del país y del poder central, sino que están en relación con los movimientos guerrilleros de Vietnam, para ayudarles y colaborar con ellos, y para transmitirles la ayuda de Vietnam del Norte.

Es innegable que la situación de los dos países está estrechamente unida. Y que la solución ha de ser simultánea. La neutralización que ahora pretende el gobierno central para todo el Sudeste asiático hubiese sido posible en los tiempos siguientes a los acuerdos de Ginebra; pero el cumplimiento de dichos acuerdos hubiese inclinado los países de Indochina hacia un «neutralismo de izquierdas», mientras que el no cumplimiento los inclinó hacia el «neutralismo de derechas» y produjo la reacción que se sabe. No parece que ahora los combatientes se satisfagan con estas soluciones.

E. H. T.

Fotos: AGENCIA ZARDOYA

En Dac Trung: una manifestación en favor del Pathet Lao. Sufanu Vong permaneció en el país cuando los franceses regresaron después de la expulsión de los japoneses. Hoy el Pathet Lao es la fuerza ideológica comunista y el Neo-Lao-Haksat es su instrumento político. En Ginebra (1954) se reconoció su existencia.

